

## **Despidiéndonos del papel (Hinweg vom Papier) (1987) En: Vilém Flusser, Kulturmedien (1997). Frankfurt a.M. 3ª ed. 2002; pp. 61-66.**

Los mensajes alfanuméricos e icónicos han comenzado a despegarse de sus soportes materiales, en particular, del papel y a trasladarse al campo electromagnético. Emprenden el vuelo y de ese modo se hacen más ligeros. Esto llegará a tener consecuencias de largo alcance para la cultura venidera. La cultura es un dispositivo para la producción, entrega y el almacenamiento de informaciones. Las informaciones sin soporte son producidas, distribuidas y almacenadas de otra manera a como fueran empotradas en soportes (por ejemplo, en los zapatos), o adherida en soportes (por ejemplo, los textos). La presente contribución intenta enfocar la modificación que debemos de esperar en la producción de informaciones -la mutación a esperar de la creatividad en la escritura-, sobre la base de la electromagnetización de los textos alfabéticos.

Para comenzar una palabra introductoria sobre el concepto de “creatividad”: cuando se la libera a ésta de su envoltorio ideológico y mítico (por ejemplo, de la *creatio ex nihilo*), entonces este concepto se torna científicamente accesible y es, quizás, hasta cuantificable. El concepto significa, entonces, el producir informaciones previamente inexistentes. Se puede ver que todas las informaciones nuevas reposan sobre las precedentes y que ellas son nuevas, ya que reestructuran a las precedentes y /o insertan en ellas los elementos extraños de la información (“los ruidos”). Con esta formulación, la problemática de la creatividad no se hace más clara sino mas compleja, surgen en ella preguntas como: “¿Bajo que criterios han de ser permutadas las informaciones disponibles?”- “¿Qué son los ruidos y de donde provienen?”- “¿En que medida juega el azar un rol en la producción de informaciones, y cuanto de ello no es intencional?”.

Sin embargo, esta formulación, no importando lo problemática que ella pueda ser, permite acercarse a una teoría de la creatividad en el ámbito de lo posible. Al menos se torna pensable que nosotros en el futuro podamos crear no más empíricamente (gracias a la intuición, la inspiración) sino sobre la base de una teoría, que no se llegue a crear más artesanalmente sino técnicamente. En este caso, habría que contar con una explosión de la creatividad humana.

Con la escritura de textos alfabéticos creativos se trata al menos de dos niveles de información: el del pensamiento y el de un lenguaje. En el primero son procesados (reformulados, sintetizados, condensados, ejecutados) los pensamientos que se hayan depositados en la memoria del escribiente para, a partir de allí, producir nuevos pensamientos. En el nivel lingüístico son procesados los aspectos fonéticos, rítmicos, sintácticos y semánticos del lenguaje para, a partir de ellos, fabricar nuevos enunciados. En ambos niveles pueden ser incluidos ruidos: en el caso del nivel del pensamiento de manera ejemplar elementos del inconsciente, en el caso del lenguaje palabras de otra lengua. En esto se cruzan estos niveles y se condicionan mutuamente el uno con el otro. Esta provisoria y opaca complejidad de la escritura creativa explica por que hasta ahora no ha resultado la construcción de *Word processors* que

sean efectivamente creativos. Sin embargo, ensayos en esta dirección ya se han puesto en marcha.

Cuando uno escribe sobre el papel el texto creativo va a configurar líneas que salen a encontrarse con un punto final, el se torna "discursivo". En verdad el texto escrito de esa manera deviene un miembro dentro de una cadena de la cultura. El va a producir las informaciones que se han generado en él a partir de otras producidas anteriormente, y que tienen el propósito de invocar la producción de otras informaciones. Y no obstante su carácter discursivo deja que el texto escrito aparezca sobre el papel como una "obra" en si misma completa y terminada (por ejemplo, como un libro con determinada cantidad de páginas) Y esto mismo sucede, también, si la intención del escribiente fuese precisamente el evitar una conclusividad, en este caso el texto aparecería como quebrado, como un "fragmento". Lo que contradice la dinámica creativa.

Cuando uno escribe en papel, entonces, está obligado a poner límites a su creatividad. Y, ciertamente, no porque las líneas salgan al encuentro de un punto final, sino también porque el soporte material (el papel) impone límites. Incluso los así llamados "*livres-fleuve*" tienen que concluir alguna vez, hacerlo en alguna parte y de alguna forma. Y se pueden incluso extender estos límites. Sin embargo, entonces, uno corre dos peligros: por un lado, el que la creatividad decaiga, el que a uno se le agote al escribir la veta creativa; y por otro lado, que con los discursos cada vez más prolongados se interpele cada vez a menos receptores. De allí la estrategia empleada a menudo con éxito de la autolimitación consciente: Uno concentra su creatividad para transportarla sobre un mínimo de papel con un mínimo de letras. La estrategia puede ser buena, no obstante se coarte con ello la creatividad.

Por el contrario, si se escribe en un campo electromagnético el texto creativo formará, por cierto, también, líneas (Zeilen), pero estas líneas no transcurrirán más de manera unívoca. Ellas se han "ablandado", son más plásticas, se tornan más manipulables. Por ejemplo, se las puede romper, se las puede interrumpir, abrir ventanas en ellas, se los puede hacer recursivos. Los puntos finales insertados en ellos pueden ser vistos igualmente como puntos de partida. Un texto escrito de ese tipo será dialógico, y por cierto lo será por primera vez en el sentido de una conversación que es proyectada desde el interior del escribiente hacia el campo electromagnético. El texto no es mas como lo fuera en el papel el resultado del proceso creativo, sino que el mismo es este proceso, el es el mismo un procesar de informaciones por nuevas informaciones. Quizás sea aun demasiado prematuro el querer investigar como ha de repercutir sobre la fuerza creadora este proyectarse hacia fuera del trabajo del pensamiento y del lenguaje desde lo oscuro de la interioridad hacia la claridad de la pantalla. Si acaso la distancia crítica que se gana por esto a través de la propia creatividad nos paraliza o nos empuja. El concepto platónico de "dialogo interno", que deviene aquí una cosa externa nos puede ayudar en semejantes reflexiones.

El texto inscrito al interior del campo electromagnético es dialógico todavía en un sentido diferente de esta palabra. No está dirigido, efectivamente, a receptores, que lo almacenen en su memoria, lo critiquen (lo descompongan) o

lo comenten (lo desarrollen). Está dirigido mucho más a receptores que lo procesen (lo manipulen, lo den vuelta, lo modifiquen). Está dirigido a receptores que de su información deban producir una nueva información. Esta dirigido a receptores creativos. El escribiente no se mueve mas en producir una nueva información en si misma cerrada, completa y perfecta, sino que se esfuerza en reestructurar de tal forma informaciones y de enriquecerlas con ruidos con los que otros puedan seguir jugando en forma creativa. El se ha comprometido en su escritura por el proceso creativo en si y no por producir cualquier cosa. Y lo mismo vale para los receptores de sus textos por ello es que el escribiente presupone en su texto un “menú”, lo que significa una serie de propuestas, como que el texto recibido pudiese ser manipulado según la opinión del escribiente. El receptor puede orientarse por este menú, y puede sin embargo también, seguir igualmente otras líneas de orientación con su manipulación del texto. La elaboración del menú exige del escribiente que se coloque en la posición del receptor lo que significa, ver su propio texto desde el punto de vista de este, analizarlo críticamente. Esta seguida distancia crítica ha de repercutir sobre el trabajo creativo del escribiente mismo de tal modo que la crítica misma se convierta en una parte de la creatividad.

El receptor procesa la información nueva propuesta por el escribiente en la medida que el agrega mas informaciones y ruidos. Esto no lo hace únicamente para producir una información nueva, sino también para reenviar esta información al escribiente y para entrar con otros receptores del mismo texto en un dialogo creativo. De ese modo surgen hilos que se ramifican, se conectan y retornan, y a partir de las líneas que corren unívocamente ligadas al papel ha nacido un tejido -la unidimensionalidad del escribir ha sido subsumida en una pluridimensionalidad, con ello se ha modificado radicalmente la función del editor. En la escritura ligada al papel el editor es una retícula, un relais y una antena. Las emisiones de los textos llegan a el, el elige entre ellas las que han de ser “editadas”, el las mejora para una edición posterior (“las maduras para su impresión”) y las emite entonces como un haz en un espacio vacío como para toparse con eventuales receptores (en las librerías). En la escritura electromagnética el editor se convierte en el centro del tejido comprendido desde el tejer: en una especie de banco de datos que ha de alimentarse siempre con nuevas informaciones a partir del cual estas informaciones son remitidas y en el que se comparan o confrontan las unas con las otras.

En la escritura carente de soporte ya no se trata más de producir informaciones (obras) en sí mismas completas, “perfectas”, sino de llevar a cabo en un largo aliento su propia creatividad en un diálogo con otros. El objetivo no es más producir esto o aquello, sino de darle un espacio de libertad al gesto del producir mismo. De allí el particular revuelo que aquél puede provocar en cualquiera que se halla entregado a esa aventura. No se podría hablar allí verdaderamente de una “obra abierta” en el sentido que lo dice Eco, porque no se pretende ninguna obra, sino el obrar y efectuar. Más bien habría que hablar, que la creatividad despliega sus alas, las que hasta ahora se hallaban apoyadas en el papel.

Las consecuencias de una liberación de este tipo de la fuerza creadora, en el ámbito de la escritura, como asimismo en muchos otros ámbitos diferentes, no

es posible preverla de una forma provisoria. Lo que aliviana a los conservadores y a los reaccionarios de la tarea de tener que anunciar sus reparos en contra. Uno podría ordenar estos reparos en tres grupos. El primer grupo, el mítico-mágico, objetaría que la creatividad es un proceso misterioso, de la que sólo serían capaces un número muy pequeño de hombres, los “genios”, y que por lo tanto sólo se ha de crear en la soledad. El proceso que hemos descrito recién, de la escritura dialógica, no tendría luego nada en común con la “verdadera” creatividad. El segundo grupo, el romántico-sentimental, objetaría que la creatividad es una irrupción de una tensión interna llena de sentimientos y que cualquier distanciamiento crítico de esta irrupción nos reprimiría. El proceso recientemente descrito de la escritura dialógica sería un método, para impedir la ingenuidad (“originariedad”) requerida para la creatividad. El tercer grupo, los de “el sano entendimiento humano”, objetarían que en este proceso de la escritura dialógica ya descrito no se trataría en el fondo de nada nuevo. Siempre se hubo escrito ya de esa forma; cada libro de papel sería un miembro de una cadena diversificada de textos, y esto se habría justamente sólo un poco “mejorado” técnicamente. Esta eventual mejora la encontraríamos, como todos los fads y gadgets técnicos, con cierta dosis de desconfianza. Y puesto que las consecuencias del nuevo tipo de escritura no pueden vislumbrarse de forma provisoria, estos reparos no podrían ser fácilmente suprimidos. Se podría responder a esto, simplemente, que reparos similares frente a la revolución industrial no pudieron evitar que ésta modificase nuestra vida desde su base, si bien algunos de aquellos reparos se hayan podido mostrarse como realmente justificados.

Sin duda y contrario a esto, está el hecho que la escritura por computador modifica radicalmente la postura (Einstellung) frente al texto del escribiente y del receptor o destinatario. El empeño creativo es vivido de una manera distinta que antes. Se trata de un nuevo tipo de autocritica y de responsabilidad que les adviene frente a los demás, y el texto adquiere una nueva forma de vida propia. Dicho brevemente, cuando uno escribe de este modo, se comienza a pensar, a crear, a vivir dialógicamente. También, y sin duda alguna, en aquel sentido al que aludía Martin Buber.